

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO 1

BUENOS AIRES, 18 DE AGOSTO DE 1904

NÚM. 24

DE "MUSICA PROHIBIDA"

GORRITA

I

La noche caía sobre una amargura.
Gorríta, el pillete, mi amigo de ayer,
Trepado en un banco lloraba y reía,
Lloraba y reía sin decir por qué.

Gorríta está loco; no hay duda: miradle.
Levanta muy alto su desnudo pié
Y enseña una herida que el frío ha enconado
—La herida de un héroe que nunca fué rey.—

Enseña su herida como una bandera
Y grita, tonante: ¡yo fui quien maté!
¡Aquí está *Gorríta*, miradme las manos!
Ya no vendo *Diario, Figaro y Porté*...

Termina la frase con una pirueta,
Levanta muy alto su desnudo pié,
Enseña su herida como bandera
Y grita de nuevo: ¡yo fui quien maté!

Entonces un guardia, que estaba allí cerca,
Abriéndose paso por entre la grey
Le aferra las manos manchadas de sangre
Y en la calle oscura se pierde con él.

II

Inquiérese un curioso datos de *Gorríta*
Y un niño harapiento, su hermano de hiel,
Explicale el drama: (allá junto al río
Estaba el cadáver contra una pared.)

Se hallaba *Gorríta* lavando su herida,
Su herida que nunca cerrábase bien,
Cuando aquel tirano, su padre postizo,
Llegó á castigarle, borracho y cruel.

El padre es el amo vicioso que explota,
El niño, que libre se siente, lo vé
¡Detente! le dice, no irrites mi herida
Que puede la vida costarte esta vez.

El amo no escucha: confiado y cobarde
Cae sobre el desnudo y hermoso *gamin*
Pero éste blandiendo su hierro filoso
Le parte una entraña, le rinde á sus piés;



Y sale á las calles clamando: ¡es justicia,
No es crimen, no es crimen, pues miente la ley!

Así hasta la plaza donde lo hemos visto
Llorando y riendo sin decir por qué.

ALBERTO GHIRALDO.

Dibujo de Juan Hohmann.

“LA EXPOSICIÓN ARGENTINA” *ALSINA 1640* *
* *BUENOS AIRES*

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO *◆* **CASA DE CONFIANZA**



Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

1

CIGARRILLOS



“TRES CORONAS”



HABANOS

G. San Germier

POR CINCO PESOS *◆*

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras. *

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle LIMA, 1165 *◆* **BUENOS AIRES**

8

LOS OBREROS Casa fundada * en 1884 *

— DE —
FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES

Calle DEFENSA núm. 619

OTA: Nuestra ropa no se desdosa. Pida V. catálogo

7

I. Bonansea

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle MORENO núm. 990

*— * BUENOS AIRES **

5

Justino B. Lamarque

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle ARTES núm. 543 **BUENOS AIRES**

15

Pinturería y Ferretería del Comercio
POB MAYOR Y MENOR

DE JOSUÉ BENZONI

Surtido general de Ferretería, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — **BUENOS AIRES**

6

“MARTIN FIERRO”

Semanario Ilustrado de Crítica y Arte

Redacción y Administración: SANTIAGO DEL ESTERO, 1072

PRECIOS DE SUSCRICIÓN ADELANTADA:

EN LA CAPITAL:

Trimestre \$ 1.20

Año > 4.80

Exterior: \$ 4.—oro al año

EN EL INTERIOR:

Trimestre \$ 1.80

Semestre..... > 3.50

Año > 6.—

Número suelto: 10 centavos—Provincias: 15

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: SANTIAGO DEL ESTERO 1072

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 18 DE AGOSTO DE 1904

NÚM. 23

CULTURA PERSONAL

I

1.—Parece como si todo el Cosmos deseara que descubriésemos nuestro camino si somos dignos. En esta actitud religiosa, imaginamos nuestra propia vida como tejido de preguntas en la lengua del Cosmos, en la lengua silenciosa de los hechos. Y la inevitable conducta de cada hombre es la respuesta á tales enigmas.

Diariamente resolvemos infinidad de problemas, sin saberlo. Nuestras acciones son menos deliberadas que nos parecen; nacen de una región impenetrable á la inteligencia ordinaria. Nuestra valuación de los motivos ó fines es eternamente hipotética, ilusoria. Pero las diferentes hipótesis ó ilusiones tienen cada una su valor.

Cada acto nuestro emerge y pende de un conjunto de antecedentes, como cada idea dentro de tal raciocinio. Y así como podemos discurrir con lógica ó sin ella, así también nuestras acciones revisten aspectos varios, que el discernimiento vulgar contrapone en esta forma: de un lado, los actos son buenos, sanos, normales, bellos, verdaderos; del otro son malos, mórbidos, anormales, feos, erróneos. Adjetivos estos que, á poco, resultan el colmo de la ambigüedad; pues la perspectiva de cualquier objeto material ó espiritual, varía cuando cambia el punto de vista —y la teoría de cualquier hecho humano es una perspectiva, sin que haya posibilidad de concebir la verdadera forma objetiva del hecho.

Procuramos naturalmente la hipótesis, ó la perspectiva de la realidad, más aproximada á la realidad misma. Y en tales condiciones podemos ver que nuestro éxito en la Vida, depende de la solución que demos al problema de nuestra cultura personal. Mi destino depende de mis obras, y mis obras son, casi exclusivamente, el resultado de mis aptitudes y poderes de toda especie. Por tanto, si la vida es una lucha en que nuestros dones y defectos naturales deciden el resultado, nos interesa llegar á una justa apreciación de esos dones y defectos —y no tan sólo clasificarlos *grosso modo*, sino estudiar á fondo la estructura y funcionamiento de nuestro carácter. Estamos así, después de 2500 años, en el problema que preocupó á los Griegos cuando escribieron en el templo de Apolo en Delfos las palabras: «Conócete á tí mismo» — palabras por desgracia deslucidas y ahuecadas desde que rodaron en los libros de tanto moralista majade-

ro, en los periódicos, y en la boca de cualquier calle.

La idea del conocimiento de tí mismo, supone que cada hombre es una persona distinta; poseedora de un núcleo de instintos y deseos fundamentales que es menester separar de la gran cantidad de sentimientos, hábitos y opiniones que su ambiente le ha inoculado en forma más ó menos accidental.

Logramos el conocimiento de nosotros mismos, *nos encontramos*, eliminando ó reduciendo á su mínima expresión las tendencias accidentales debidas á temporarias circunstancias de ambiente, mientras reconocemos y cultivamos los instintos y creencias que fluyen de nuestra constitución íntima. Tal es el camino de nuestra liberación: un despojamiento gradual de lo que nos es supérfluo, mientras defendemos celosamente lo que nos pertenece, y tomamos por nuestro esfuerzo lo que nos hace falta y *verdaderamente* deseamos.

2.—El problema de nuestra liberación y máxima expansión, exige el conocimiento de las leyes del espíritu y, por tanto, nociones de Biología y Sociología, pues todo estado ó hecho de conciencia está formado por factores biológicos y sociológicos —nuestra vida espiritual es una condensación particular de fuerzas vitales combinadas con fuerzas sociales.

Como vemos, el problema de la cultura personal se aparta inmensamente de lo que hoy se llama «educación». Esta consiste en el amaestramiento ó moldeamiento del niño y del hombre en vista de varios fines siempre distantes de la salud y esplendor del sujeto. Encaminándose, esa educación, á fines exteriores al individuo, no es extraño que dentro de ella la Higiene, la Psicología y la Sociología desempeñen modestísimo papel. Tales ciencias son, sin embargo, la base de la verdadera cultura humana, los conocimientos de valor más permanente y decisivo puesto que los aplicamos (ó los dejamos de aplicar) á diario y en todo.

En los tres capítulos siguientes, desprendemos de dichas ciencias aquellos conocimientos que incorporados al individuo han de aumentar los medios de que dispone en su lucha por su autonomía y expansión.

JULIO MOLINA y VEDIA.

LECTURAS

La naturaleza no ha hecho cosa alguna para que el hombre sea infeliz; al contrario, cuando gime, es porque carece de los bienes que la naturaleza prodiga á su felicidad. Es bueno observar que todos los males que no provienen de nuestra constitución física proceden de nuestra ignorancia. Para curarlos es necesario curar nuestros errores.

AIMÉ-MARTIN.

Cuando era al sur cosa extraña,
por ahí junto á la laguna
que llaman de la *Espadaña*,
poder encontrar alguna,
pulperia de campaña:

Como caso sucedido,
y muy cierto de una vez,
cuenta un flaire cordovés
en un proceso *imprimido*,
que, el día de San Andrés,

Casualmente se toparon,
al llegar á una *tapera*,
dos paisanos que se *apiaron*
juntos y descensillaron
á la sombra de una higuera.

Porque un sol abrasador
á esa hora se desplomaba,
tal que la *hacienda* bramaba
y juyendo del calor
entre una *fachinal* estaba.

Así, la *Pampa* y el monte
á la hora del medio día
un *desierto* parecía,
pues de uno al otro horizonte
ni un pajarito se vía.

Pues tan quemante era el viento
del que naciente soplabá,
que al pasto verde tostaba;
y en aquel mismo momento
la higuera se deshojaba.

Y una ilusión singular
de los vapores nacía;
pues, talmente, parecía
la inmensa llanura un mar
que haciendo olas se mecía.

Y en aquella inundación
ilusoria, se miraban
los árboles que boyaban,
allá medio en confusión
con las lomas que asomaban.

Allí, pues, los dos paisanos
por primera vez se vieron;
y así que se conocieron,
después de darse las manos,
uno al otro se ofrecieron.

El mas viejo se llamaba
Santos Vega el *payador*,
gaucho el mas *concertador*,
que en ese tiempo privaba
de *escrebido* y de *letor*;

El cual iba *pelo á pelo*
en un potrillo *bragao*,
fete lindo como un *dao*
que apenas pisaba el suelo
de livianito y *delgao*.

El otro era un santiagueño
llamado Rufo Tolosa,
casado con una moza
de las caídas del *Taqueño*,
muy cantora y muy donosa.

Rufo ese día montaba
un redomón *entre-riano*,
muy *coludo* el *rabicano*,
y del cabestro llevaba
otro rosillo *orejano*.

Elo es que allí se juntaron
de pura casualidá,
pero, muy de voluntá,
lo que medio se trataron,
hicieron una amistad.
Conviniendo en que se *apiaban*
por la calor *apurosos*,

y en que *traiban fatigaos*
los *pingos*, como que estaban
enteramente *sudaos*;

Así es que descensillaron,
y, á fin que no se *asotiasen*
los *fletes* y se pasmasen,
á la sombra los ataron
para que se refrescasen.

Luego, al *rasparte* el sudor
Santos Vega á su bragao,
reparó que á su costao
estaba en el *manidor*
el *rabicano* enredao.

Y al *dir* á desenredarlo,
cuando la *marca* le vió,
tan fiero se sorprendió,
que sin poder ocultarlo
ahí mismo se santiguó.

Tolosa luego tambien
se asustó de Vega al verlo
triste, y por entretenerlo,
haciéndose como quien
suponia conocerlo:

—¿No es usté el amigo Ortega?
Tolosa le preguntó;
y el viejo así que lo oyó:
—No, amigo; soy Santos Vega
su servidor, respondió.

A esta oferta el santiagueño
se quitó el sombrero abeto,
y con todo acatamiento
se le ofreció con empeño
á servirlo al pensamiento.

Tal merece un *payador*
mentao como Santos Vega,
que, á cualquier *pago* que llega,
el *parejero* mejor
gaucho ninguno le niega.

De ahí Rufo picó tabaco
y dos cigarros armó;
que en apuros se encontró
para armarlos, porque el *naco*
medio apenas le alcanzó.

Largóle á Vega el primero,
y, á los avios luegoito
echando mauo, ahí mesmito
sacó fuego en el yesquero
con un solo golpecito.

El viejo, inmediatamente
que su cigarro encendió,
á Tolosa le largó
un chifle con aguardiente,
y Rufo se le afirmó.

Luego, los dos á pitar
frente á frente se sentaron;
y, lo que se acomodaron
al ponerse á platicar,
de lo siguiente trataron:

SANTOS VEGA

Amigo, me ha conristrao
haber visto en su caballo
una memoria funesta
de ahora muchísimos años,
y que hoy me la representa
la marca del *rabicano*.
¿No me dirá de quién es?

RUFO TOLOSA

—Es marca nueva en el *pago*,
del uso de un tal *Ludueña*,
y hace poco que la trajo.
Digo, si es esta *relay*:

una Y con flor en el cabo...
Y en el suelo rayó así:
con un *alfajor* tamaño.

VEGA

—La mesma es sin diferencia,
y así mesmo ya no extraño
verla de nuevo en el mundo;
pero sépase, paisano,
que de esa marca fatal
hubo un *malevo cristiano*,
tan ladrón, tan asesino,
y en suma tan desalmado,
que en el tiempo en que vivió
era el terror de estos *pagos*,
donde hizo llorar á muchos
inocentes desgraciados,
y burlaba la justicia
de este mundo *matreriando*,
hasta que al fin lo alcanzó
la mano de Dios, y al cabo
dióle un castigo terrible
del modo menos peusado.

Quisiera tener lugar
hoy para contarle el caso,
pero ya no tengo tiempo,
porque es argumento largo.
De manera que otra vez,
si por suerte nos topamos,
ó la fortuna me *arronja*
algun día por su *pago*,
lo que no será difícil
porque yo vivo *gauchando*...
entonces si le prometo
hacerle el cuento despacio.

TOLOSA

—Pues yo quisiera, aparceró,
q'hoy mesmo, si es de su agrado,
se viniera en mi compañía
á saber en donde paro;
y alvierta que, sin lisonja,
yo sería *afortunado*
haciéndole conocer
á mi *chinita* y mi *ranchito*,
adone entre la pobreza
sobresale el agasajo,
con el cual allí le ofrezco,
un *cimarrón* y un *churrasco*,
y cuatro pesos tambien,
si usté gusta disfrutarlos.

VEGA

—Amigo, un cariño tal
no es posible despreciarlo;
así ya de agradecerlo
me resuelto á acompañarlo,
por conocer su patrona
y ponerme á su mandado.
Con que, si gusta, ensillemos,
ya que el sol se va *tadiando*.

TOLOSA

—Al instante; deje estar,
le arrimaré su caballo,
y en el momento...

VEGA

—... No, amigo;
Yo soy viejito fortacho:
Larguemelo á mi potrillo;
Vaya no mas ensillando.

CARNE VIRTUOSA

PARA ALBERTO GIRALDO.

No infaméis esa carne pecadora
que buscáis en la sombra, solapado;
triste carne de amor que habéis besado,
que tan pronto envejece y se desflora.

Esa desnuda carne, que no dora
ni rico manto ni oriental brocado,
sobre el sangriento lecho del pasado
es carne redención, carne de aurora.

Bella carne del fango y la marca,
carne que á salivarte me resisto;
glorificado tu destino sea;

Porque,—de Sumo Amor y Fe provisto,—
de esos vientos enfermos que espolea
el hambre y el dolor... ¡acera á Cristo!

A. MAURET CAAMAÑO.

Valparaiso.

CHISPA DE FUEGO

DEL CRIMEN.

Pasó, fijos los ojos en la nada,
Llena de surcos la abatida frente,
Y la boca, fatídica y doliente,
Por un rictus diabólico plegada.

Pasó, como una sombra desolada,
Con la obsesión del crimen en la mente,
Y la pupila azul resplandeciente
Bajo el intenso horror de su mirada.

Pasó... Y al breve instante, en el camino,
Desafiando el enigma del destino,
Volvió á cruzar la aparición siniestra;

Pero esta vez la aparición traía
Teñida en sangre la nerviosa diestra
Y ebria de sangre la mirada fría.

RICARDO ROJAS.

Buenos Aires, 1904.

GUERRA Y MILITARISMO

Guerra y conquista—El bandolerismo al frente de un ejército. (La magnitud del crimen es la única diferencia que existe entre un conquistador y un bandolero.)

MARAT.

El conquistador hace consistir su gloria en quemar casas, matar hombres, ó por lo menos en hurgar los bolsillos para sacar lo que llama tributo, impuesto, empréstito, *donación voluntaria*, etc., y el historiógrafo hace consistir la suya en registrar el todo en los anales de la patria, con tantas páginas de elogios, como provincias arruinadas haya. Mientras tanto, el verdugo enrojece el hierro para señalar en el hombro al individuo que hubiese hecho lo mismo en la carretera.

No hay más que el hombre que mate por matar, destruya por destruir. Jamás semejante inepticia ha entrado en una cabeza animal; si mata, es por hambre ó por miedo, para nutrirse ó defenderse, pero no por vanidad, jactancia, ú ociosidad.

BOUCHER DE PERTHES.

Las hormigas tienen ejércitos permanentes, tan numerosos y tan bien organizados como los de nuestras grandes potencias militares.

Y sin embargo sus finanzas no se encuentran en un estado tan lamentable como el de los Estados humanos, ni sus arrastradores de espada se permiten exceso alguno contra los ciudadanos que los nutren y á quienes están encargados de proteger. No te extrañes de ello, querido lector. A parte de todo, no son sino bestias privadas de razón, guiadas únicamente por «el instinto», incapaces, por tanto, de alcanzar á la altura de la perfección humana...

LUIS BÜCHNER.

Si mis soldados empezaran á pensar, ninguno de ellos quedaría en las filas.

FEDERICO II (El Grande).

Y se vió á los hijos del pueblo levantar los brazos contra el pueblo, degollar á sus hermanos, encadenar á sus padres, y hasta olvidar las entrañas que los engendraron.

Cuando sé les decía: en nombre de todo lo que es sagrado, pensad en la angustia, en la atrocidad de lo que se os ordena; respondían: no pensamos, obedecemos.

LAMENNAIS.

El héroe verdadero es aquel cuya muerte está coronada por una idea, no el torpe á quien se ha dicho: «La consigna es de morir para favorecer la venta de los gorros de algodón, en un país lejano».

JOSEPH PÉLADAN.

UNA ESCENA DEL INFIERNO



Wiertz.

“LA PEOR ANARQUÍA”

PROPAGANDA POR EL HECHO

Un periódico conservador, ilustrando los propósitos antianarquistas del gobierno, ho dicho:

«No es ya el pensamiento lo que se trata de suprimir, sino la misma prédica de la doctrina pernicioso la cural, actuando, subvierte todo nuestro sistema social.»

Nosotros nos figuramos á nuestros inteligentes vigilantes en el acto de efectuarse las instrucciones sociológicas impartidas por el jefe de policía.

—Bravos hijos míos! acordáos de que la seguridad social está en vuestras manos y que es de los propagandistas anarquistas de quienes tenéis que defenderla. ¿Sabeis vosotros cuales son las doctrinas anarquistas? ¿No?... Bien: os las explicaré inmediatamente. El anarquista quiere, ante todo, la abolición de la idea de Dios; después la destrucción de la patria; después la de la propiedad; después la de la familia. Cuando veáis propagar estas teorías intervenid valerosamente, reprimiéndolas!

Los inteligentes vigilantes pónense en campaña.

—Ché, *Pilchita*, ¿no sentís nada?

—Me parece que detrás de esa puerta, hablan bajito.

—Pucha! Es la casa del cura!... Y la voz es de mujer.

—Será bueno escuchar.

—Escuchemos!

Voz del interior:

—Calla, pichona mía! ¿Por qué me haces sufrir? Vamos...

—Oh, señor cura! Pensad que Dios nos ve... Es un gran pecado!

—¿Qué Dios, ni que pecado! ¿Crees todavía en estas cosas?

Los inteligentes vigilantes, interrumpiendo el diálogo:

—Ah! os hemos descubierto! He aquí un hombre que quiere abolir la idea de Dios! Dése preso.

Y continúan su campaña.

—Escuchá un poco. ¿Qué diablos se dirán aquellos señores?

Hablan en un tono sospechoso.

—Vamos á ver.

Los dos interlocutores:

—Querido general, se podrían mandar 500 caballos á la división de la Pampa.

—¿Podéis disponer de ellos mañana mismo, querido proveedor?

—Seguramente, á 80 pesos cada uno.

—Me parecen caros.

—Mirad... En realidad cuestan 40 pesos, pero le vendemos al gobierno á 80 y la ganancia es á medias; se entiende. ¿Por qué no, si la patria es una mentira inventada para explotar á los sonsos!...

Los inteligentes vigilantes intervienen:

—Ah! Quedan Vds. presos! Destruyendo de la patria! Anarquistas del peor pelaje!

Continúa la investigación:

—¿No te parece *Pilchita*, que sería bueno tomar algo?

—¿Y por qué no? Una ginebra á la salud del jefe, es un acto patriótico.

—Entonces vamos á la esquina.

—Entran en el café y se sientan.

—Mirá! mirá! Una muchacha que ríe en el salón reservado.

—Aquí hay gato, seguro!

Una voz de muchacha:

—Sal de aquí, viejo loco! Pensad que tenéis mujer é hijos!

Voz masculina:

—¿Qué mujer ni qué hijos! Al diablo con la familia! No pensemos en cosas tristes...

Los inteligentes vigilantes precipítándose:

—En nombre de la ley queda usted preso.

—¿Qué preso, ni que ley de marras! Soy un senador!

—Estás fresco! Vos sos un anarquista que lo que querés es destruir la familia. Estás descubierto! Marchá no más!

Frente á la Bolsa.

—¿No te parece que aquel es de los retratados?

—Me parece que sí. Calémoslo.

Pasado un rato, dos hombres salen del palacio de la Bolsa, conversando.

—Yo creo que si el público descubriese nuestro juego nos llamaría ladrones.

—Pero ¡qué ladrones ni qué historias! Cien mil pesos más ó menos ¿qué son para el gobierno? Y después, cuando se hacen las cosas con cierta prudencia...

Los inteligentes vigilantes:

—¡Quietos! ¡Quedan ustedes presos!

—Somos diputados!

—¿Diputados? Son anarquistas! enemigos de la propiedad!...

Los inteligentes vigilantes regresando al Departamento de Policía:

—Señor jefe, hemos encontrado estos propagandistas anarquistas.

—¿Quiénes son?

—Un cura, un general, un proveedor de la Intendencia, un senador y dos diputados.

—¿Estais locos? Pero qué diablos hacían?

—Destruían la patria, la religión, la propiedad y la familia.

—Ah, bárbaros! No sabéis que todo esto está prohibido... solo á los anarquistas? Poned pronto en libertad á esos señores, y vosotros quedad presos.

El jefe á los señores:

—Escusad la equivocación...

Los inteligentes vigilantes, sorprendidos:

—Es curioso! El jefe también había sido anarquista!...

Nosotros:

—En la peor acepción de la palabra.

ORGANIZACIÓN POLÍTICA

LA Argentina es una confederación republicana de estados, llamados impropiamente provincias. Estas representan en dicho conseroio político elementos económicos muy heterogéneos, á saber: una capital muy rica y demasiado poblada con respecto al resto del país; tres provincias, Buenos Aires, Santa Fé y Entre Ríos, también ricas; luego unas cuantas provincias más bien pobres que bienestantes, y, finalmente, algunas provincias muy pobres, y lo que es peor sin perspectivas inmediatas de mejorar de fortuna. Ahí está, por ejemplo, la provincia de Jujuy, que no tiene tantos habitantes como la parroquia de Balvanera de la capital, y que, como entidad económica, representa una suma de valores que se reúne fácilmente en cualesquiera cuatro manzanas centrales bonaerenses, pero es gobernada por todo un costoso aparato de poderes, como si se tratase de un estado poderoso. La enorme diferencia económica que existe entre las partes componentes de la confederación, hace que ésta exista sólo en apariencia, y que en realidad impere el régimen unitario de un modo más ó menos acentuado, según sea pobre ó muy pobre la provincia que se vea en la necesidad de granjearse las buenas voluntades del poder nacional. Esta confederación, que es tal en el nombre solamente, tiene la desventaja de una administración costosa, y, por consiguiente, gravosa para el contribuyente, y además llena de soluciones de continuidad, lo cual estorba el rápido despacho de los asuntos. En la época californiana, no lejana, en esos años de depreocupación general de la presidencia Juárez Celman y en parte, de la primera de Roca, las provincias creaban bancos como si eso fuera crear riquezas, y contraían empréstitos en el exterior, pero no aumentaban su producción; el dinero de los bancos y de los empréstitos lo despilfarraron los círculos provinciales dirigentes. Ahí está, el gobierno de la Nación tuvo que cargar con las obligaciones de los llamados «estados». Si éstos no hubieran existido, los ases provinciales no habrían podido meterse á calavera, y la Nación estaría ahora mucho más desahogada de lo que está. ¿No sería entonces mil veces preferible el régimen unitario neto, al federal disfrazado de unitario, que actualmente nos abruma con sus bochinches provinciales perpétuos? La mayor baratura del servicio administrativo, la superior cohesión nacional y un relativo desahogo tributario de la población, serían desde luego, entre otras muchas, las ventajas más salientes del régimen unitario, pero comprendo que no es fácil pasar de una forma de gobierno á la diametralmente opuesta, sobre todo de la forma descentralizada á la centralizada, porque el regionalismo es eminentemente autonomista y levantaría contra tal tentativa un sinnúmero de resistencias.

Yo concibo la confederación política entre elementos étnicos distintos, cuando éstos están obligados, por razones de seguridad común, á formar un estado, como sucede, por ejemplo en Austria y Suiza; la concibo también entre poblaciones de la misma raza, cuando sus condiciones económicas son aproximadamente equilibradas, como se observa en los estados de la unión norteamericana, pero no la concibo en la Argentina, que no posee condición alguna que haga plausible una confederación de sus partes componentes. La desigual distribución de las riquezas naturales de la Argentina, y, por consiguiente, su desigual población, se opone á la confederación de estados, unos poblados y los otros despoblados, así como no sería natural una asociación entre pobres y ricos, en que unos y otros tuviesen iguales derechos, y sólo los ricos pagasen los gastos comunes. Y, sin embargo, es esto último lo que se ha observado hasta ahora en la Argentina. Los ricos

producían la renta nacional, y los pobres disponían de ella, porque mandaban, porque sobre la base del censo de 1869, tenían, según la constitución hasta hace poco vigente, una gran mayoría en las cámaras. A esta mayoría de representantes de las provincias pobres, se debe, entre otras muchas herejías económicas y financieras, la más piramidal de todas, la que se refiere al proteccionismo fiscal de la fabricación de azúcares, proteccionismo que pesa como una lápida sobre los miseros consumidores. Con motivo del censo de 1895, las provincias ricas se han apercebido de que no tienen en la cámara de diputados la representación que por su población les corresponde, y han iniciado una campaña periodística para pedir al congreso la reforma de la constitución en lo tocante á los artículos que tratan de la representación de las provincias en el congreso nacional. Este, al aprobar el censo de 1895, ha votado la reunión de una convención constituyente para reformar la constitución.

La proporción de un diputado por cada 20.000 habitantes ó fracción que no baje de 10.000, sobre la base del censo de 1869, que regía anteriormente al empadronamiento nacional de 1895, habría llevado el número de diputados de 86 á 194, lo cual habria hecho las funciones legislativas demasiado costosas, sin ningún provecho para la bondad de la legislación, porque mientras más numerosa es una corporación, quedando siempre la mayoría constituida con la mitad de todos los votos, más un voto, tanto más disminuye la probabilidad media del acierto de las resoluciones que toma la mayoría. — (Véase Poisson: Recherches sur les probabilités des jugements, en matière civile et criminelle.)

FRANCISCO LATZINA.

(1) Acaba de publicarse la segunda parte de esta obra, una de las más útiles producidas en esta tierra y de la cual nos proponemos reproducir, sintetizando, sus más importantes capítulos, convencidos de realizar una tarea fecunda al vulgarizarla en las páginas de MARTÍN FIERRO.

SÍMBOLOS...



En pié sobre el suelo acerado de la locomotora, repartiendo con mano segura y experta vida y color y movimiento á aquel organismo de hierro y de cobre; apoyado en la manivela; atento á las oscilaciones del manómetro y á las exigencias del regulador; combinándolo todo, midiéndolo todo, previniéndolo todo, está el maquinista del tren en marcha, con los ojos puestos en el camino y la conciencia en el cumplimiento de su deber.

Aquel hombre, vestido con una blusa azul recogida en desiguales pliegues sobre unos pantalones del mismo color; robusto de cuerpo, con el rostro emnegrecido por el humo, las manos sucias por el carbón y la piel curtida por la lluvia y el aire; aquel personaje, en cuya existencia reparan apenas los viajeros, es el dueño del tren que resbala apresuradamente sobre los rieles; á su voluntad y á su pericia están encomendados los intereses varios que se agitan y se amontonan en el interior de los vagones, la vida de los hombres, la conservación de los equipajes, la seguridad de las mercancías; un movimiento torpe, una maniobra mal hecha, el menor descuido, la más pequeña falta, pueden convertir la mole obediente y bien equilibrada, el medio de comunicación y de progreso, el implacable vencedor de las distancias y de las fronteras, en masa ciega y destructora, en instrumento de muerte y de tortura, en vehículo de desastre y en pregonero de desgracias.

Porque tal sabe, porque no se le esconde la responsabilidad que de su oficio emana, camina el maquinista por la vía adelante, inabarcable al sueño, á la distracción y al cansancio; azotado por la lluvia cuando las nubes se desatan en agua; sacudido por el huracán cuando el trueno rugie en los aires y el rayo construye ángulos de fuego en el horizonte; tostándose de un lado y helándose de otro durante el invierno, para achicharrarse por todas partes á la vez en el verano; recibiendo el beso frío de la escarcha, el hálito entumecedor de la nieve, la caricia asfixiadora del sol y el brusco manotazo del vendaval; firme en su sitio, penetrando con pupila escudriñadora las tinieblas en las noches oscuras, vigilando las curvas que describe la línea, fijándose en el menor detalle, porque en hacerlo estriba su deber porque es á un tiempo mismo capitán y piloto de aquel buque que navega en tierra firme sobre dos carriles de acero.

Esfuerzo gigantesco el de ese hombre, en quien nadie ó casi nadie repara, y á quien yo he visto ganar leguas y leguas, envuelto por torbellinos de humo, por nieblas de vapor, respirando una atmósfera de hulla, siniestramente iluminado por el resplandor rojizo que brota de la hornilla entreabierta, y avaro de recorrer el trayecto, á cuyo término le aguardan una vivienda humilde, un lecho blando y unos brazos de mujer que se abren, cuando él llega á su encuentro, de par en par.

Así va y viene un día y otro por la misma ruta, con la misma máquina, con iguales trabajos y con responsabilidades idénticas; el esfuerzo diario nada representará para él, nada representa tampoco para los otros; él está acostumbrado á realizarlo, los otros á vérselo realizar, y él y su tarea, entran en la serie no interrumpida de faenas y de seres extraordinarios, transformados por la costumbre en insignificantes y vulgares.

Pero entre tantos días llega uno en que, mien-

tras la máquina arrastra por los rieles vagones y vagones, el maquinista observa que en dirección contraria, por la estrecha vía que se extiende delante de sus ojos, avanza— si el suceso ocurre de noche— un farol encarnado, á cuya espalda se dibuja una masa confusa y negra; si el suceso ocurre de día, esa misma masa confusa y negra, coronada por una nube de vapor. Es otro tren, otra fuerza igual á la que él encamina y dirige, que se le viene encima con ímpetu salvaje y avasalladora potencia.

¿De dónde procede aquel enemigo imprevisto? ¿Por qué se atraviesa en la marcha de su tren? ¿Quién lo dirige en contra suya? ¿Fue un error de salida? ¿Un aviso mal dado? Una orden mal interpretada? ¿Un telegrama mal entendido?... El maquinista no lo sabe; no tiene tiempo de averiguarlo tampoco. El no ve más que el peligro inminente, dos moles de hierro, de madera y de cobre que avanzan la una sobre la otra con fatal empuje, dispuestas á chocar, á destruirse, á producir desesperación y muerte donde todo era pocos momentos antes vida y regocijo.

La catástrofe con sus terribles consecuencias aparece delante del maquinista; y aparece inevitable, porque los trenes están muy cerca, porque no hay medio humano de detenerlos.

El maquinista puede salvarse; bástale saltar de la máquina; él está acostumbrado á tales saltos y puede librar su vida á cambio de algunas contusiones; pero, ¿y los viajeros? ¿Y el tren confiado á su pericia? ¿Y el deber, que se le presenta en el espacio con gesto de mando y ademán imperioso? No, él no puede huir, no puede abandonar la máquina; debe luchar hasta el último trance, con riesgo seguro de su existencia, y no duda, no vacila; el hombre se convierte en héroe, aprieta la manivela con mano firme, hace prorrumpir al pito en gritos de alarma, da contra-vapor y sigue avanzando, avanzando siempre, mientras el tren contrario avanza también, practicando la misma maniobra y prorrumpiendo en iguales estridentes clamores.

Todo es inútil; las dos locomotoras están á cuatro metros de distancia. Se hace un último esfuerzo... inútil también... Las máquinas chocan con un ruido estruendoso de hierros que se parten, de ejes que se rompen, de calderas que estallan; los vagones, sorprendidos por aquel encuentro brutal, montan los unos sobre los otros para caer luego de golpe deshechos, abiertos, á un lado y á otro de los carriles; escúchase por todas partes gritos de angustia, voces de socorro, lamentos, estertores de muerte, imprecaciones de rabia...

La catástrofe se ha realizado, el desastre es un hecho. ¿Y el maquinista? Allá en la cuneta de la vía, pálido, ensangrentado, con los miembros rotos, con la cabeza aplastada, el pecho abierto y chorreando sangre, esclavo de su deber, muerto junto á su máquina, que agoniza con las ruedas en alto, la chimenea cegada y la caldera rota, arrojando torrentes de vapor y montones de brasa, últimos latidos de su sangre que se paraliza y de su respiración que se extingue.

Allí está el maquinista, el héroe anónimo, desconocido de todos, olvidado de todos también, que muere sin dejar recuerdos en la memoria de nadie, como no sea en la de aquella mujer que le espera en su casa con el amor en el alma y los brazos abiertos de par en par.

JOAQUÍN DICENTA.

POR EL MUNDO DE LA NOCHE

I
La noche es muy negra y triste,
La ciudad un cementerio.
Las casas, cabe las ruinas
De lo que antes era un pueblo
Igual es en los suburbios
Que en los lugares del centro,
Como es igual en el alma
Lo que se siente en el pecho.

II
Avanzando entre la lluvia
Que me arrecea en todo el cuerpo,
Me abro paso entre las sombras
Y hasta desafiando al viento,
Al viento... con sus silbidos
Y sus voces del infierno.
Pero hace un frío que pasa
Mis ropas todas... ¡y tiemblo!

III
A poco la lluvia acrece
Y más silba y corre el viento.
Como retando á la noche
Con sus fuerzas y su imperio.
Los faroles de las calles
Todos se apagan á un tiempo
Para dar paso á las sombras
Que adelantan como espectros
Y se presentan angustias
A zaherir mi pensamiento,
Mientras avanzo y avanzo
Sin llevar un rumbo cierto.

IV
Ora los rayos diviso
Que van cayendo á lo lejos,
Y me parten la cabeza
Con sus grandes culebreas

Los relámpagos seguidos,
Que van abortando truenos;
Pero avanzo en las tinieblas
Y á la par que avanzo pienso
Que también el alma mía
Tiene borrascas y estruendo...
Y que también hay á veces
Huracanes en el pecho!...

V
A la sazón, caminando,
Cerca á una iglesia me encuentro:
Dan las doce de la noche
Las campanas, suaves y lento,
Y cuando los toques suenan
Parecen sonar á muerto!...
Yo solo camino, solo
Con la luz del pensamiento,
Y avanzo entre las tinieblas
Y á la par que avanzo pienso
Que si la noche es muy negra,
Más negro se muestra el cielo!

VI
La lluvia ha cesado un tanto
Y casi no se oyen truenos,
Pero la ciudad aún tiene
Su color de cementerio;
El frío, en cambio, que acrece
Se vá haciendo más intenso,
Y mientras mi rumbo sigo,
Aque-te mi rumbo incierto,
Aún silbando estrepitoso
Vá en-overbebecido el viento!...

JULIO CRUZ GHIO.

Buenos Aires, Julio 1904.

CANTOS RODADOS

A lo lejos, del Sud, avanzaba una banda negra de nubes sobre el azul nítido del cielo. De aquellas regiones brotaban soplos de ceniza ó carbón vitificado, que remolincaban alrededor de inmensos y garapiñados cúmulos blanquecinos. Abriáanse hoyas profundas y oscuras, donde debía tronar algo, pues, hasta las quebradas venia un estremecimiento, semejante al que produce en los vidrios de una habitación el paso de un carruaje por el empedrado. El sol brillaba por intenso. El bosque despedía vitales efuvios. Pasaban bandadas de patos silvestres, ululando en los aires. El perfil de los mogotes, que no miraba al sol, se esfumaba en caprichosas ilusiones, ora de una media tinta rojiza, ensombreada, ora de un azabache delicuescente y acentuado; de tal perspectiva, que preveíanse, allí, las luchas de la luz por manifestarse en sus siete espíritus, y las de la noche, con su sola alma negra y terrorífica. El viento, cargado del perfume de la menta, se abastía sobre el ramaje de los molles, y silbando, como un pájaro invisible, se precipitaba en el seno palpitante de las quebradas. De pronto, se experimentaba un recogimiento: se oían voces, aleteos, plios... el rumor de una caricia, el final de un suspiro y un tembloroso preludio... Luego todo callaba. Del horizonte subían las nubes; el cielo se enlutaba; corrían, con precipitación, las sombras de las nubes, sobre la superficie de las lomadas... y en los abismos parecía resonar el eco de un repique lejano, muy lejano.

A intervalos, las mariposas, atolondradas, caían sobre la hierba. Los vientos se tornaban inciertos como agitados de una borrachera. Los espinillos, doblegándose, cuajaban el suelo de borlas de oro. Las calandrias coqueaban con un plisa airoso. En la crestería de los mogotes se vieron aparecer dos hocicos, vueltos al sud. Hubo un silencio... Diríase que huían besos entre las hojas y que nuevas vidas se encendían en la soledad evolutiva. Los añosos árboles, en cuyo tronco fueron á labrar sus colonias las hormigas, sintieron de improviso el contacto de las llanas florecidas. Los nidós abandonados por los pájaros veleidosos como inútiles zarzas, oyeron deslizarse á las culebras de argentada escama. Y hasta las piedras olvidadas en las pendientes de los cerros, escucharon, por lo bajo, el zumbido de los élitros de seda... Y tronó un magnífico redoble. Abrieron sus senos las nubes. Repliquetearon anchas gotas, como perlas. Sútil vaho brotó. Y todo desapareció en un crepúsculo y en un son de plata. La sinfonía era suave como el susurro y grandiosa cual el bramido. Algo de los saltos del torrente, unido á la mansedumbre de los ríos. A una escala de truenos, sucedía el creciente desborde de la lluvia, que arrasaba el bosque hasta las lejanías, desprendiendo humaredas de neblina.

El agua comenzó á filtrarse en ondas, que serpenteaban por las sendas con rizosos movimientos de largas culebras vividas y plateadas. Cerca de las cavernas gor-

goriteaban, y luego se sumían en sus profundidades. Doquiera aparecían fuentes temblorosas, que reflejaban el cielo gris. Burbujeaban, con recios empujes, los ojos de agua. Resbalaban los pedruzcos y los cantos hacia exhalando tonos metálicos. De marómoros diques surgían espumantes surtidores, cuyo chorro parecía nieve arrojada por un fuelle. Por un momento creció la lluvia, y de la atmósfera emergecida brotaban intensas luminaciones, que morían entre un sordo estrépito. A veces, aquella masa impenetrable, rodaba al igual de una ola embravecida, é iba á partirse en dos, por venozas claridades. Los ríos, fuera de su curso, despertaban á su alma iracunda y tronadora, y bulientes cantaban los himnos de la piedra. Entre tanto, el bosque, lavado, se entregaba mansamente á aquel baño celestial, como un niño á la nodriza, que le sumerge en la palangana perfumada.

A este tiempo se veían los rodos de molles, situados en las cumbres, cubiertos de hacienda, que había ido á guarecerse de la lluvia. Bajo uno de ellos estaba una trojilla de yeguas, apeneadas, las ancas vueltas al sud, la piel crespa ó rayada de hilos acuosos, las crines erizadas de salpicaduras, los hocicos gachos y los ojos adormilados. Los potrillos se atrevían á brincar al aire libre, en medio del suelo fangoso. Si el trueno sonaba, todas aquellas cabezas ponían rectas las orejas, y se acercaba un ligero trote, se permitían volver los ojos, saludando á las rezagadas con sonoros y cortos relinchos. Una bandada de tordos volaba de un extremo á otro del ramaje, tendiendo un vibratorio manto con sus alas. Algunos pajarricos, desperceándose con la patita tiesa bajo el ala abierta, se interrumpían entumecidos. Otros batían triunfos... Y en los bajos, el agua espumosa, arrastraba los troncos ya envejecidos, pero aun palpitantes de olorosos gérmenes; las flores, los tallos y las hojas, para formar la resaca ó el lodo. Y era de verse allí los preciosos nidós naufragados, que flotaban en la corriente, acompañados, desde lejos, quizá, por el lamento indefinible de las madres. Y era de verse allí las cuñas de los dorados insectos balanceándose de fragilísimas aristas. Y los capullos de la tierra ¡tan tiernos!, que no pudieron resistir á tanta fuerza y eran llevados como escoria. Y era de verse allí la vida que aquel prodigioso é inagotable manantial ahogaba... Hasta que la naturaleza, sabia y benéfica, detuvo el agua. Surgió el oro fluido del sol. Las nubes sombrías se alzaron resonantes. Tras de ellas acudió un rayo esplendoroso. Y de aquella masa que engendraba las tinieblas, brotó la luz en siete notas de colores, cuyo arco temblaba, hasta el confin, anunciando la alegría... Y sobre las cumbres, sobre los bosques y los bajos, se reflejó su magnificencia por medio de un gran silencio luminoso...!

JOSÉ MARÍA VÉLEZ.

Córdoba.

GRANDES espacios de las mejores tierras que podrían alimentar a miles de familias, hoy en la miseria, están consagrados al cultivo del tabaco, la vid, la cebada, el óbion, la avena y la papa; destinados a la fabricación de bebidas alcohólicas: vino, cerveza, aguardiente.

Millones de obreros, que podrían fabricar objetos útiles, se ocupan en la producción de estas bebidas. Se ha calculado que en Inglaterra la industria de la cerveza y el aguardiente absorbe el décimo de los obreros.

¿Cuáles son las consecuencias de la preparación y del empleo del vino, del aguardiente, de la cerveza?

Una leyenda nos cuenta que un monje hizo con el diablo la apuesta de que le impediría entrar en su celda, comprometiéndose, si el diablo entraba, a hacer lo que le ordenase. El diablo, tomando la forma de un cuervo herido, se presenta a su puerta con el ala pendiente y ensangrentada, saltando sobre sus patas y dando gritos de dolor. El monje le tuvo piedad y lo llevó a la celda. El diablo, entones, habiendo ganado, dejó al monje la elección entre tres crímenes: el matar, el adulterio y la ebriedad. El monje siguió la ebriedad creyendo que emborrachándose no haría mal más que a sí mismo. Pero cuando hubo bebido, perdió la razón y se fué a la ciudad, donde tentado por una mujer, se volvió culpable de adulterio, y después de asesinarlo, defendiéndose del marido que lo había sorprendido y atacado.

Tales son, según la leyenda y la realidad, las consecuencias de la ebriedad. Es raro que un ladrón ó un asesino robe ó mate en ayunas. Las estadísticas de los tribunales prueban que los nueve décimos de los crímenes son cometidos en estado de ebriedad. La mejor prueba de que la mayor parte de los crímenes son provocados por el alcohol, es que en algunos Estados de América del Norte, donde es absolutamente prohibido vender licores, casi han concluido los crímenes; no ha habido robos ni asesinatos y las prisiones están vacías.

Esta es la primera consecuencia del uso del alcohol.

La segunda consecuencia es el efecto dañoso que hacen estas bebidas sobre la salud. Sin hablar de las enfermedades peculiares a los borrachos, enfermedades terribles que hacen perecer a muchos hombres, se ha notado que los alcoholistas que han contraído enfermedad ordinaria se curan con mayor dificultad.

Tal es la segunda consecuencia del uso de las bebidas alcohólicas.

La tercera y más terrible es el oscurecimiento de la razón y de la conciencia; los hombres, por el uso del vino, se vuelven más groseros, más estúpidos y más malos.

¿Y qué utilidad presenta el uso de estas bebidas?

Ninguna.
Los defensores del aguardiente, del vino, de las cervezas, aseguran que estas bebidas dan la salud, la fuerza, calientan y dan alegría. Pero hoy está absolutamente probado que es un error. Estas bebidas no dan la salud, porque tienen un veneno muy activo: el alcohol, y el uso de este veneno no puede ser sino dañino.

El hecho de que el vino no da fuerza, ha sido probado más de una vez por la comparación, durante meses y años, del trabajo hecho por un obrero bebedor y el de un obrero no bebedor. El resultado fué siempre en favor del último, que produce siempre más y mejor. De la misma manera, en una compañía militar en marcha se encuentran más soldados debilitados y atrasados entre los que beben aguardiente que entre los que se abstienen.

Se ha probado también que el aguardiente no calienta, que el calor que produce no dura, y que el hombre, después de un momento de exaltación, sufre más del frío; de tal manera que un bebedor soporta más difícilmente que el que no lo es, un invierno riguroso. Los paisanos rusos que mueren de frío no sucumben sino porque toman aguardiente.

En cuanto a la alegría procurada por el vino, hoy es superfluo decir que no es la verdadera alegría de la salud. Todos sabemos lo que es la alegría de los borrachos: hasta mirar lo que pasa en uno de los bars de la ciudad y en las fiestas campestres. Esta alegría tiene siempre como epílogo injurias, riñas, heridas, toda especie de crímenes y el relajamiento de la dignidad humana.

El alcohol no dá, pues, ni la salud, ni la fuerza, ni el calor, ni la alegría; no hace sino mal. Parecería, en consecuencia, que todo hombre razonable y bueno, debería, no solamente no hacer uso el mismo de las bebidas alcohólicas, sino también tratar con todas sus fuerzas de que los otros se aparten de ese veneno.

Desgraciadamente, lo contrario es lo que sucede. Los hombres están tan ligados a las antiguas costumbres, se desprenden con tanto trabajo de ellas, que existen en nuestros días muchos hombres sagaces y buenos, que, lejos de abandonar el uso de las bebidas y la costumbre de ofrecerlas, toman su defensa como pueden.

«Lo que es malo no es usar, sino abusar.» El rey David lo dice: «El vino alegra el corazón del hombre.» «Cristo, en las bodas de Canán, bendijo el vino.» «Si no se bebiera, el gobierno perdería una gran parte de sus entradas.» «Es imposible celebrar una fiesta, un bautismo, unas nupcias, sin vino.» «¿Cómo no beber con ocasión de una venta, una compra, la visita de un amigo?»

«Con nuestra vida de labor y de miseria es necesario beber.» dice el pobre obrero.

«Si no bebemos más que por ocasión y sin excesos, no hacemos mal a nadie,» dicen las gentes con fortuna.

«Beber es la gloria de la Rusia,» decía el príncipe Vladimir.

«Esto no hace mal más que a nosotros mismos y es asunto nuestro. No queremos dar lecciones ni recibirías. No somos los primeros ni seremos los últimos,» dicen los frívolos.

Es así cómo hablan los bebedores de toda condición y edad para justificarse. Pero estas consideraciones, que podrían todavía parecer aceptables hace treinta ó cuarenta años, no pueden ser admitidas hoy. Ellos parecían tener razón cuando se creía que el uso de las bebidas alcohólicas no ofrecía peligros, que daban la salud y las fuerzas; cuando no se sabía que el alcohol es un veneno; cuando no se conocían aún las terribles consecuencias de la ebriedad, tan evidentes en el día de hoy.

Se podía decirlos cuando no había aún centenares y millares de hombres que mueren jóvenes con atroces sufrimientos; porque han adquirido la costumbre de beber y no pueden dejar el vicio. Se podía decir que el vino no era perjudicial, cuando no se veían centenares y miles de mujéres y niños hambrientos porque sus padres y sus maridos habían adquirido la costumbre de beber. Se podía decirlo, cuando no se habían visto centenares y miles de criminales llenando las prisiones, y sus mujeres convertidas en prostitutas por el efecto del vino, se podía decirlo, cuando no se conocía los centenares y mil s de hombres que, pudiendo vivir para su felicidad y la de los otros, han perdido sus fuerzas, su razón y su alma, porque hay bebidas alcohólicas y han cedido a la tentación.

Por esto no se puede decir en nuestra época que el uso del alcohol es una cuestión personal; que tomando con moderación, no ofrece peligro; que cada uno sabe lo que debe hacer y no tiene para qué recibir lecciones de nadie, etc. No es cuestión privada, es una cuestión social.

Que lo quieran ó no, los hombres están divididos en dos campos: los unos luchan contra el uso inútil de un veneno, y los otros con la palabra y el ejemplo, se hacen los defensores de ese veneno.

Esta lucha se sigue hoy en todos los países, y desde hace veinte años en Rusia, con una energía particular.

LEÓN TOLSTOY.

LO DE SIEMPRE

I

LA infeliz mujer veía agonizar a su pobre hijo devorado por el tífus.

—Todos los recursos de la medicina casera fueron infructuosos para detener el avance de la enfermedad. ¿Por qué trataba de curarle con tisanas preparadas con las yerbas que sus vecinas le habían aconsejado? Sencillamente: porque en vano había corrido de uno ó otro estudio, de la mayoría de los médicos para que acudieran a su pobre cuartito donde su único hijo moría lentamente.

—Desesperada se dirigió al hospital, pero como no iba munida de beneficencia, no le admitieron el hijo. Buscó la recomendación que se le exigía. Y una de las damas, lejos de darle la tarjeta de presentación, le dijo:

—¿No trabaja usted? Entonces, ¿cómo le falta lo necesario para curar a su hijo?

—Señora: poco antes de enfermarse mi hijo trabajaba y mi salario era tan exiguo que apenas me alcanzaba para pagar el cuarto en que vivo.

—Esa es la disculpa de siempre... Hubiera ahorrado!!! Y con esta áspera contestación la feliz señora despidió a la pobre mujer.

II

No hacía mucho tiempo que ésta había abandonado el umbral del palacete, cuando llegó a él otra mujer, joven aún, regularmente ataviada y adornada su cabeza con un hermoso sombrero. Fué recibida con suma galantería por la dama, dueña del edificio que conocemos.

—Entra, ¿qué novedad te trae por casa?

—Vengo a verte, porque necesito que influyas ante tus compañeras de comisión, para que me aumenten la pensión que la sociedad me pasa mensualmente; apenas me alcanza para sufragar los más insignificantes gastos. ¡Está todo tan caro! Y ya ves, mi hija debe lucir...

—No has visto a ninguna otra de mis compañeras de comisión?

—No. A ti solamente.

—Blen. Esta noche nos reuniremos y trataré de que se te aumente la pensión: es muy justo.

Se retiró contentísima, besando cariñosamente a su caritativa amiga.

III

La madre de aquella niña que ya debía lucir, figura entre los pobres; vergonzantes que la sociedad mantiene...

La madre del hijo enfermo, que los médicos no atendieron por pobre y por mal vestida y que la señora que forma parte de la comisión de una sociedad pia, le negó una tarjeta de recomendación para la directora del hospital, llegó á su cuartito, con la desesperación en el alma, á sufrir el más grande de todos los dolores: la muerte del hijo.

IV

Por la avenida central, va alegremente en un buen carruaje de alquiler la dama aquella que había pedido á su

amiga (la que formaba parte de la comisión de la sociedad pia) aumento de la pensión, que dicha corporación le pasaba mensualmente, y á su lado, va su bella hija, vestida conforme al último figurín de París: traje adquirido con el dinero que almas caritativas entregaban á la sociedad de beneficencia para los verdaderos heredados de la suerte, para las víctimas del hambre y de la miseria, pero nunca y por siempre jamás para los pobres vergonzantes... ¡Ah, sociedad!

LUIS MARTINEZ MARCOS.

LEYES REPRESIVAS

TODA ley política de represión es culpable, porque atenta á la libertad; y pueril, porque produce un efecto contrario al que el legislador persigue. Así como en las cosas literarias el renombre se hace, más que con los elogios que nos conceden, con las críticas con que nos abruma, en las cosas de la política, la persecución que sufre un partido es casualmente lo que más contribuye á fortificarlo. Lo que dió alas á la heregía, fué la Inquisición; lo que difundió la idea republicana, fué el ensañamiento con que la persiguieron los reyes, y lo que mejor trabaja ahora por el comunismo, es la hostilidad desigual y nerviosa de los gobiernos. Tal es la fuerza incontrarrestable que traen en sí las nuevas ideas, tal es la fatalidad impuesta por el siglo, que hasta los más resueltos adversarios se ven obligados á trabajar en favor del advenimiento de lo que condenan.

Una administración ilustrada y hábil, comprendería que tanto más activa y violenta es la propaganda cuanto más rudas y frecuentes son las vejaciones con que favorece el poder á los propagandistas. Lejos de matar una idea, la persecución solo consigue agriarla y conduciría á la exasperación. Si el gobierno francés hubiera movilizad sus soldados para vencer la resistencia que los bretones oponían á los encargados de aplicar la ley contra las congregaciones, si hubiera tratado de disolver bruscamente los grupos y de imponer de golpe la medida votada, solo hubiera conseguido fortalecer el espíritu religioso del país. Podríamos citar mil casos en que los que pretendían sofocar un movimiento, han contribuido á fomentarlo. Sin embargo, quizá es mejor dejar que los gobiernos prosigan su obra. Son los que más han hecho hasta hoy por la expansión de las ideas del siglo...

Pero duele presenciar en nuestra época tan censurables atentados. Las leyes represivas con un resto de la barbarie feudal. Ya se apliquen ellas al individuo, á causa de una falta personal, ya á un grupo de ciudadanos, á consecuencia de una doctrina que la autoridad conceptúa peligrosa para ella, siempre afirman una misma injusticia. Castigar es vengarse; y las ideas filosóficas, recientes, todas de mansedumbre y de bondad, nos aconsejan otra cosa.

Si la represión ha desaparecido casi del seno de la familia y de la educación del niño sin que se produzcan las catástrofes que algunos vaticinaban, porque no han de comenzar á desaparecer del Estado, que es una familia grande? La pena de muerte, el destierro, la prisión, resultan anomalías en nuestro tiempo. Y esas anomalías son particularmente odiosas cuando se producen en detrimento de la libertad de pensar. Decir nuestra opinión sobre todos los

asuntos, es tan natural como respirar. No vamos á volver á discutir en el siglo XX lo que ya se impuso en el siglo XVIII. Cada hombre tiene no solo el derecho de alimentar las convicciones que cree justas, sino también el de tratar de inculcarlas á sus semejantes. Estos principios, que son la base misma de una república, no pueden ser desconocidos precisamente en una región que se ha jactado siempre de abrir sus puertas á los hombres de toda nacionalidad y de todo pensamiento... Lo cierto es que cuanto más se apoye la injusticia reinante sobre la injusticia, más acortará su reinado.

MANUEL UGARTE.

"MUSICA PROHIBIDA"

POR

ALBERTO GHIRALDO

(Un volumen de versos con ilustraciones de JUAN HOHMANN)

PRECIO: 1 \$ ^m/_n

En venta en las librerías y kioscos de la capital

Pedidos á la Administración de MARTIN FIERRO

1072, Calle Santiago del Estero, 1072

CORRESPONDENCIA DE "MARTIN FIERRO"

M. del Campo.—Halsey.—Fué Música Prohibida.—R. Gavna.—Junín.—Recibimos importe del segundo trimestre.—A. Roselló.—Tandil.—Fueron los dos ejemplares pedidos de Música Prohibida.—J. Aguello.—Monte Matiz.—Fué Música Prohibida.

TIPOS MODERNOS...



El autor de El Colibri azul

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPU

BUENOS AIRES

— K DE —

LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT

y CERVECERIA

SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES

Rocca y Martinelli

MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

GRAN SURTIDO PERMANENTE

DE MUEBLES DE TODAS CLASES

Corrientes, 990 Buenos Aires

Ghiraldo & Cia.

EXPORTADORES DE HARINAS
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS

Calle SAN MARTIN, 253

*** BUENOS AIRES ***

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: MONTECOR

A. CABEZAS

UNIÓN 2112, (Avenida) COOPERATIVA, 717

Calle CUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

— BUENOS AIRES —

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

Recién inauguradas las Secciones de
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS

LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO ***

CATÁLOGO GRATIS

"El Malacara" Almacen
y Fiambrería
de Juan Vismara

Calle SERRANO, 102 esq. MUÑECAS
BUENOS AIRES

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires



ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo
Conozca ó no la música

\$ 90 CON PIEZAS
É INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - GÍTARAS

Se reciben suscripciones á los periódicos quincenales "IL
MANDOLINISTA" é "IL PIANO FORTE, de Turin.

PENOS 2.50 POR AÑO

CASA TONINI FLORIDA 470